

---

## SEGUNDA PARTE.

---

### I.

#### El hombre abdica.

Una mañana oyó Noel rechinar el cerrojo de su calabozo, y volviéndose ligeramente, percibió, al lado del carcelero, á un hombre alto, bien vestido, que se detuvo un momento en el quicio de la puerta. Rambert estaba medio echado sobre su petate, con el codo apoyado sobre el duro colchón amarillo y la cabeza descansando en la mano.

Se enderezó penosamente.

—¿Qué me querrá este señor?—pensaba Rambert.

El desconocido dijo al carcelero :

—Muchas gracias. Ya sabe usted que tengo autorización para comunicar con el preso.

El guardián se inclinó y salió de la celda.

El recién llegado preguntó á Noel.

—¿Me reconoce usted?



—No—dijo Rambert.

—Míreme usted bien.

—No le conozco á usted—repitió el obrero con aire de indiferencia y como diciendo: estoy abatido, cansado y enfermo; déjeme usted en paz.

—Sin embargo, nos hemos visto antes de ahora—arguyó el visitante.

Y dió á esta frase una entonación agresiva, cuyo significado se comprenderá bien pronto: aquel hombre era Daniel Mortal.

—No recuerdo haber visto á usted nunca—replicó Rambert.

—Uno de los días en que le interrogaba á usted el señor juez de instrucción, estaba yo sentado á su lado—continuó Mortal, cuya mirada escrutaba el pensamiento de Noel.

Noel movió la cabeza, dijo «¡ah!» y maquinalmente mostró al recién llegado su taburete como invitándole á sentarse.

Mortal permaneció en pie.

Estaba muy pálido. Se leía algo terrible en su rostro, así como el indicio de una resolución absoluta, y al mismo tiempo de cierta lucha interior, de un supremo combate que se libraba en él.

Se encontraba efectivamente en un minuto de-

decisivo de su vida. Impaciente por detener todo reproche, toda sospecha de Clara, quería acabar de una vez con aquella situación tan odiosa. Pensaba que debía jugar con audacia la partida, aunque hubiese de perderla, y se dirigía á Noel como al único hombre que podía desarmar á aquel implacable enemigo que vivía en su propio hogar.

Una escena violenta entre él y Clara había acabado de decidirle. Su mujer acababa de decirle que consideraba un deber revelar á la justicia lo ocurrido entre Rambert y ella.

—¿Un deber?—la había preguntado él.

—Sí.

—Eso es una locura. Eso es querer perderte.

—¿Perderme?

—Deshonrarte.

—¿Por qué?

—Porque todo París, al saber que tú habías enviado tal mensajero á Laverdac, pensará que se trataba de una cita de amor y que Laverdac era tu amante.

—Bien sabes que tal suposición es una infamia.

—Lo que sé es que tengo obligación de velar por mi honor y que te prohibo deshonrar mi nombre mezclándole en ese proceso y perdiéndote sin provecho para nadie.



—¿Pero y si ese hombre es inocente, y acaso con una palabra mía.....?

—¿De qué le serviría tu testimonio? ¿Estabas tú en Beaujon cuando tuvo lugar el asesinato? ¿Qué podrías tú decir? Además, ese hombre es el verdadero culpable.

—¿Es el verdadero culpable?

—Te he prometido la prueba y te la daré, puesto que así es preciso.

—Harás bien, porque todos tus razonamientos no me impedirán, en otro caso, presentarme al juez de instrucción y decir lo que sé.

Decididamente había un peligro en la exaltación de Clara, y para librarse de él era preciso un golpe rápido, bien combinado y de efecto.

Por eso se había presentado Mortal en la celda del acusado, resuelto á todo, imaginando la más loca combinación y seguro del éxito.

Sin embargo, dudaba antes de abordar de frente la terrible cuestión que trataba de resolver.

Permaneció silencioso un momento, sin que Rambert, apoyado en la muralla y tosiendo, pareciendo que ni pensaba ni oía, le dirigiese tampoco la palabra.

Luego se acercó á él y dejó caer á su oído estas palabras, dichas una á una y con frialdad:

—¿Sabe usted, Rambert, que cualquiera que sea su defensa, todo le acusa, y que desde luego puede usted considerarse condenado?

—Lo sé—contestó Rambert sin inmutarse y como un hombre que ha tomado su partido.

—Y sin embargo, usted es inocente.

—Sí—respondió el obrero con sencillez.

—¿Sabe usted quién mató á Paul Laverdac?

—Si lo supiera, lo diría. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

—Entonces, es usted hombre perdido.

—Lo sé.

—¿Y se resigna usted así? ¿abdica usted de ese modo y pone usted tranquilamente la cabeza bajo el tajo?

—¿Yo? Yo no hago más que dejar obrar á los jueces y decir lo que sé. ¡Que me condenan! ¿Y quiénes son los que así manchan su conciencia condenando á un inocente? Los que no ven claro y creen torpemente que es culpable. Esto es lo que yo me digo.

—¿Y ni siquiera se queja usted?

—Debía llorar, ¿no es cierto? A fe mía que no he de hacerlo. Haría reir demasiado á los demás.

—¿No tiene usted hijos?

—Sí, tengo uno, tengo uno—repitió Noel, á



quien el recuerdo del niño devolvió por un instante su energía, su conciencia y su fe.—Tengo un hijo, hermoso como un ángel, bueno como el pan, al que no deseo la vida que ha tenido el padre.

—¿Y qué será de ese hijo?

—¿Que qué será de él cuando yo haya desaparecido?

—Sí.

—¡Ah! eso es lo único que me roe el corazón—dijo Noel con expresión de profundo dolor y alzando los hombros con ademán desesperado.—No me hable usted de eso, se lo suplico. ¿Qué me importaría subir los pocos escalones de la guillotina, si no dejase tras de mí un ser que tendrá hambre, que tendrá sed, que tendrá frío y que se encontrará solo en el mundo?

Noel se había reanimado, había salido de su letargo. Al hablar de su hijo recobraba por un instante toda su energía.

Algunos días antes, hablando con Mr. Dubois y con el médico de la cárcel, Daniel Mortal había oído al doctor emitir el siguiente juicio de Rambert:

—Es una organización singular, de una energía rara en un cuerpo tan gastado..... ¿Es culpable? No lo sé. Lo que sí es cierto es que, criminal

ó no, conserva vivo, ardiente, exaltado, un sentimiento único: el amor paternal.

—Es raro—había dicho Mortal.

Y el doctor había continuado:

—Sí. Ese Rambert lleva su amor paternal hasta la hipérbole. Es un verdadero caso de monomanía. Estoy persuadido de que si ha asesinado, habrá sido por dar algún bienestar á su hijo. Se dejaría poner en tortura por él. Es un curioso contraste. Asesino acaso y héroe de la paternidad.

Mortal no había olvidado aquellas palabras del doctor: *Se dejaría poner en tortura por su hijo*, y al escuchar entonces á Rambert, comprendió desde luego que aquel sentimiento paternal era la cuerda sensible que debía tocar. Se dirige á los hombres por sus amores ó por sus odios.

En aquella lucha que se libraba contra él, Rambert descubría el corazón, cuando tenía ante sí, sin conocerle, á su más cruel enemigo.

Daniel dejó desbordarse en frases comprimidas la afección del pobre diablo por Santiaguito; impulsó á Noel por el camino del terror que el padre mostraba por el porvenir de su hijo, y cuando el infeliz, horrorizado por la soledad en que muerto ó desaparecido Arthet podía quedar el niño, exclamó:



—¡Esto es horrible! ¡pero no, no es la muerte lo que es atroz! ¡Es la miseria para el niño! ¡Es la pobreza, la espantosa pobreza que le lego y con la que tanto ha de sufrir!

Mortal contestó friamente.

—¿Desea usted que su hijo no conozca la miseria ni el hambre?

—¿Yo? ¿que si lo deseo yo?

Se había enderezado y miraba á Daniel frente á frente con la exaltación gozosa del que ve realizados sus sueños.

—¿Que si lo deseo?—repitió.—¿Pero es eso posible? ¿Por qué me hace usted esa pregunta? Bien sabe usted que eso no puede ser.

—Sí puede ser—dijo Mortal.

—¡Vamos, es de malvados torturar á un hombre diciéndole lo que usted me dice!

—Digo que su hijo de usted será rico si usted quiere.

—¿Él? ¿Santiaguito? ¿Rico si yo quiero? ¿Qué es preciso hacer? ¿Es necesario dejarme cortar una pierna ó un brazo? Vamos, dígame usted qué es necesario que haga, y juro por lo más sagrado, por la cabeza de mi mismo hijo, que lo haré.

—Pues bien—dijo Mortal tranquilamente y como si hubiera cortado de un solo golpe un nudo

difícil de desenredar;—es preciso que diga usted que usted es el asesino de Paul Laverdac.

—¿Yo?

Noel, que se iba acercando á Mortal y seguía ansioso las palabras de Daniel, se detuvo de pronto como herido de un rayo.

Con los ojos espantados y la boca entreabierta, miraba á Mortal, cuyo semblante blanco y frío como el mármol había quedado mudo.

Noel se preguntaba si había entendido bien. Oía aún resonar en sus oídos las palabras de Mortal, y no podía creer que las hubiera pronunciado. Su pobre cabeza no podía sufrir tal golpe sin debilitarse. Le fué preciso reunir sus ideas, compararlas y pensar para darse de nuevo cuenta de lo ocurrido.

Al cabo de un momento dijo dulcemente moviendo la cabeza:

—¡Pero eso es insensato, eso es imposible! ¡Vaya una idea! ¡decir que yo!.....

Mortal había contado con que Noel se encolerizase; así es que aquel aniquilamiento resignado le admiró.

Rambert le miró y continuó medio atontado:

—¿Cómo quiere usted que diga que he matado á un hombre? ¿Soy yo acaso asesino? ¡Ah! ¡usted



está loco sin duda! ¿Y para qué había de decir eso? ¿Qué interés?.....

Y al pronunciar esta última palabra se detuvo, fijó más atentamente sus ojos en Mortal y prosiguió con viveza:

—Sí. ¿Qué interés le impulsa á usted á decirme eso?

—¿A mí?—dijo Mortal.—Pues es muy sencillo. El hombre que mató á Laverdac es amigo mío, y yo deseo que quede completamente salvo; quiero más, quiero que nunca se pueda sospechar de él, y para eso es preciso que otro declare haber sido el asesino.

—¿Y quién me prueba que el asesino no sea usted mismo?—preguntó Noel.

—Míreme usted bien—dijo Mortal.

Y se colocó ante Rambert con los brazos cruzados, tranquilo, impasible, sin el más pequeño movimiento muscular ni nervioso.

Aquel exceso de audacia desconcertó al pobre diablo, que á pesar de que creía encontrar en aquellos irónicos acentos cierta semejanza con la voz irritada, metálica y amenazadora que había escuchado momentos antes del crimen, no creyó posible tanto cinismo.

—Y bien—dijo Daniel— ¿me reconoce usted?

Pero dió entonces á su acento y al movimiento de sus labios una expresión tal, que Noel retrocedió un paso y quedó pendiente de su mirada.

Los ojos son un libro abierto, en el que se ve claramente á veces el secreto escondido en el pecho.

Mortal tuvo un minuto de duda, de indecisión, pasajero trastorno bien pronto dominado.

—Pues qué, ¿ha de hacerme temblar la muda interrogación de un hombre?—se dijo.

Y su mirada y su rostro tomaron de nuevo su habitual expresión de audacia fría y majestuosa.

Pero era ya tarde. Noel había leído, había adivinado, había reconocido. Extendía ya hacia Mortal su demacrada mano, exclamando con siniestra expresión y una especie de risa nerviosa:

—¡Ah! ¡por fin he encontrado al asesino! ¡Tú eres! ¡tú eres!.....

—¿De veras?—preguntó Mortal impasible.

—¡Ya decía yo—continuó el pobre hombre—ya sabía yo que alguna vez había de acabar esta horrible pesadilla! ¡Han sospechado de mí, me han injuriado! ¡Me han llamado asesino é infame! ¡pues bien, he aquí al infame, hé aquí al asesino! ¡Ya le he encontrado! ¡ya estoy salvo! ¡Por fin! ¡por fin!.....



Y se dirigió bruscamente hacia la puerta para llamar al carcelero.

Mortal, muy pálido, le cogió bruscamente del brazo, y oponiendo á la exaltación del desgraciado una resolución formidable,

—Ni un gesto, ni un grito—le dijo.—No llame usted. Es enteramente inútil. Quiero hablarle á usted, á usted solo. ¿Me entiende usted?

—¡Rayos y truenos!—exclamó Noel, tratando de soltarse—yo le juro á usted que han de oirme.

Pero luchó en vano, y acometido por un atroz golpe de tos, se detuvo de repente, llevándose al pecho la mano izquierda que tenía libre. Luego, y merced á un ligero empujón de Mortal, cayó sobre el borde de su cama, tosiendo y enjugando con el pañuelo la saliva sanguinolenta que subía á sus labios.

El desgraciado no pudo decir más que

—¡Qué *carraca* estoy!

Y miró á Mortal fascinado, estupefacto.

—Escúcheme usted. Escúcheme bien—continuó Daniel.—Con el tiempo recordará usted cada una de las palabras que voy á decirle. Aquí estamos dos hombres: uno condenado á muerte por la enfermedad; otro que debe, puede y quiere vivir. Su juez de usted, que no perdona nunca, se llama tisis. Usted escupe sangre, y es usted hombre perdido.

Yo tengo, á Dios gracias, fuerzas y salud de que deseo gozar. Usted dice que me reconoce y que yo soy el asesino de Laverdac. Pues bien, sí, yo soy. (Rambert hizo una señal de triunfo.) A usted se lo digo, se lo confieso. Odiaba á aquel hombre y le maté. Es cierto. Pero ¿dónde encontrará usted los testigos que lo justifiquen? No hay más que uno, que es usted, el acusado. Procesado está usted, y procesado continuará. ¡Trate usted de hacer creer que el asesino de Paul Laverdac es el hombre á quien Mr. Dubois expide salvoconductos extraordinarios! Su acusación de usted contra mí sería una prueba más en contra suya. Bien lo conoce usted. Tal acusación parecería absurda. Su crimen de usted está probado. Le han cogido á usted con el cuchillo en la mano y el dinero en el bolsillo. Le digo á usted que está enteramente perdido. Pero ¿qué es lo que la justicia le va á quitar á usted? La vida no, porque usted está ya sentenciado á muerte. Lo que va á hacer la justicia es acortarle una larga agonía. Digamos las cosas como son. Usted tiene dos enemigos que no perdonan: la tisis y el verdugo. Dispúteles usted con encarnizamiento, si le place, sus andrajos de vida que les pertenecen. Vamos, veo que me escucha usted y me comprende, que no es usted un cobarde.



—¡Ah! ¿conque ha descubierto usted que no soy un cobarde?—dijo Rambert con expresión dolorosa de cansancio y desprecio. — Me felicito. Contínle usted.

Aunque tratando de bromear, de defenderse, estaba el infeliz agobiado por aquella audacia inexplicable del hombre que se atrevía á hablar. Al escucharle creía que continuaba su terrible pesadilla.

Mortal, por el contrario, con una precisión matemática y esa lógica absoluta de las gentes que pueden seguir su pensamiento, continuaba dirigiéndose en línea recta, á fuerza de argumentos, á la parte débil de aquel pobre corazón.

—Hace un instante ha dejado usted escapar el secreto de su existencia—continuó Daniel.—Ha descubierto usted su herida, su dolor oculto, que es el porvenir de su hijo. Aun suponiendo que saliera usted del tribunal triunfante y con la cabeza erguida, á la puerta le esperaría á usted esa muerte de todos los días, más cruel que la misma muerte, que se llama la miseria.—Sé bien que esto es lo que le asusta á usted, para el pequeño ser que deja usted en pos de sí. Sé que su terror de usted es la pobreza del niño, los días sin pan, las duras privaciones, los sufrimientos inmerecidos que destrozan y matan, el cortejo triste de días

de trabajo y noches de fiebre y de despertar desoladores. Yo he conocido todo eso en mi vida aventurera, y lo he temido como usted. Nunca he temido más que ante la miseria. Por librarme de ella es por lo que lo he hecho todo, por lo que todo lo he arriesgado y á todo me he atrevido. Comprendo, por tanto, perfectamente lo que le asusta á usted, lo que le desgarrá el corazón. Lo de menos es morir. Pero vivir pobre, arrastrarse, doblegarse, luchar en vano, gastar sus fuerzas, cansar sus músculos, ahogar su pensamiento en la necesidad, en el trabajo ingrato, amargo, incesante, sin recompensa y sin porvenir, es demasiado. Es el suplicio que enloquece y que arroja á los impacientes á los presidios y á los cadalsos.

—Yo no era impaciente—dijo Rambert con dulce expresión de mártir.—Yo no pedía más que el salario del día. Yo tan sólo aspiraba á vivir y á educar á mi hijo. ...

Hablaba como si lo hiciera consigo mismo, olvidando al hombre que tenía delante.

—¿Y quién le dice á usted que su hijo no tendrá que pasar mañana por iguales pruebas que usted?

Mortal había dado en la herida. Noel dió un brinco.



— ¡Él! ¡Santiaguito! — exclamó con espanto.

— Pobre nació y pobre morirá.

— Trabajaré y.....

— También usted ha trabajado, y enfermo, moribundo.....

— Pues bien, Santiago morirá como yo, tranquilo, después de haber cumplido su misión.

— Acaso muera acusado y condenado como usted.

— ¡Ah! — respondió Noel. — ¿Luego usted ha venido aquí á martirizarme, á quitarme el último rayo de esperanza? ¿Quién es usted? ¿Le encontré á usted en Beaujon con un revólver en la mano, y vuelvo á encontrarle aquí con esas palabras en los labios! ¡Déjeme usted! ¡No sé por qué le escucho! ¡Ha asesinado usted á un hombre! ¡Es usted el que ha cometido el crimen de que se me acusa, y se atreve usted á venir..... y yo le dejo á usted hablar..... torturarme más que lo han hecho los demás! ¡Ah! no, no. ¡Voy á denunciarle á usted! ¡Quiero llevarle, arrastrarle á la presencia de mis jueces! ¡Aseguro que me creerán, que me harán justicia!

— Pruebe usted — dijo Mortal.

— ¿Cree usted que no he de hacerlo? ¿Cree usted que me voy á dejar degollar como un cordero? ¡Está usted loco!

— No tan loco. Veo y pienso.

— En fin, veamos qué me quiere usted — dijo Rambert, exhausto ya de fuerzas.

— Quiero salvar á su hijo, á ese niño predestinado á todo lo que abate y mata al hombre; sí, quiero hacer rico y dichoso á su hijo de usted.

El pobre padre miraba á Mortal con la boca entreabierta y los ojos brillantes.

— ¡Dichoso y rico! — dijo por fin.

— Sí, dichoso y rico. ¿Ha oído usted hablar de esos padres que ajustan su existencia en una compañía de seguros y desaparecen después, legando con su muerte una fortuna á sus hijos? El hijo era pobre, y de la noche á la mañana resulta rico. Si no se prueba el suicidio del padre, la compañía paga y la sangre del muerto se convierte en oro para el vivo. Esto será acaso tonto, atroz, si usted lo quiere, pero es grande. Después de todo, el hombre tiene el derecho de corregir los males de la suerte al precio de su vida. Pues bien, lo que yo le propongo á usted es esa corrección de la fatalidad que arroja á su hijo á la miseria de su destino de usted.

— ¿A mí me lo propone usted?

— ¿Me comprende usted? La vida de ese hijo á quien tanto quiere está en sus manos. Vida libre,



orgullosa y rica. Poco le importa á usted saber por qué maté á Laverdac. Lo cierto es que le maté. Pues bien, yo compro su sangre. La justicia humana necesita un culpable que responda de ese crimen. Dígala usted: «ese culpable soy yo», y su hijo de usted será rico. Rico, ¿me entiende usted? Será todo lo que usted no ha podido ser, y hará todo lo que usted no ha podido hacer. Podrá odiar, injuriar, despreciar; podrá ser honrado, bueno y cariñoso; podrá amar á sus hijos y decir «serán dichosos.» Usted no puede hacer nada de eso. ¡Me parece que juego la partida sin ocultarle las cartas!—terminó Mortal con un gesto terrible de insolente audacia.—¿Acepta usted?

—¿Qué?—dijo Rambert turbado.

—La fortuna.

—Usted quiere que yo diga «yo he matado.» Usted quiere que confiese que yo.....

—De lo contrario, el tribunal se encargará de dar por probado su crimen de usted, y morirá usted sin provecho.

—Pero lo que usted me propone es una infamia.

—Es un negocio. Le compró á usted una confesión y la pago.

—¡Es usted terrible!—dijo Noel con sencillez

sublime, no pudiendo creer que existiese tanta audacia.

—De seguro que no ha conocido usted más que borregos, cuando así le amedrenta la presencia de un lobo.

Y se detuvo y permaneció un instante silencioso. Luego continuó:

—Por última vez le digo que usted no puede menos de ganar en este trato..... diabólico..... en que no le compro á usted su alma, por mi fe que no, y en que pago caro un cuerpo débil que ya tampoco le pertenece á usted. ¿Quiere usted luchar? Pruebe usted á hacerlo. ¿Protestar? Es inútil. Usted no es más que *la cosa* de la ley. En sus dudas, en sus reflexiones, en sus contradicciones de usted, en las respuestas consignadas en sus interrogatorios hay materia para cortar, no una, sino diez cabezas. Todo le acusa á usted: su pobreza, su miseria, la vida libre con esa mujer de quien tiene usted un hijo; todo, repito, y nadie adivinará el corazón del hombre honrado bajo el vestido de un pobre diablo.

—Es preciso ser tan escéptico, como yo lo soy, para comprenderlo bien—continuó Mortal;—tiene usted, pues, en su mano la suerte de su hijo. Dé usted voluntariamente á sus jueces, que la han de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



tomar si usted no se la da, esa existencia que la enfermedad le arranca de día en día; lave usted con su sangre el asesinato de Laverdac, y su hijo de usted recogerá, al cumplir los veinte años, doscientos mil francos que he depositado en casa de un notario, y que le pertenecerán desde ahora, si usted quiere.

—¡Doscientos mil francos!—dijo Rambert, y repitió maquinalmente la cifra, esperando á que Mortal continuase.

—Diez mil francos de renta con los intereses capitalizados—continuó Daniel—harán de esta suma una verdadera fortuna.

Y sacó una cartera encarnada de su bolsillo, tomó de ella un pliego de papel timbrado y se lo dió á leer á Rambert.

Noel se preguntaba si veía claro, si leía bien.

Era un recibo de un notario cuyo nombre y sello se veían impresos en un ángulo en forma de membrete.

Mr. Justin Noblet reconocía haber recibido en depósito de Mr. Daniel Mortal la suma de doscientos mil francos, que devolvería con los intereses capitalizados, en época no designada, á la persona cuyo nombre indicase Mortal en la línea dejada en blanco con ese objeto.

—Y bien—balbuceó Rambert aturdido—¿qué significa esto?

—Este papel—contestó Mortal—vale doscientos mil francos, y valdrá el doble dentro de quince años. Tome usted la responsabilidad de la sangre derramada, y en la línea en blanco pongo inmediatamente el nombre de su hijo.

—¿El nombre de Santiago?

—Santiago..... Santiago Rambert entonces. ¿Qué edad tiene?

—Ha cumplido cinco años.

—¿Y bien?—preguntó Mortal.

—¡No! ¡no!—dijo Rambert, cuyo ser entero dudaba, y que sentía el pecho oprimido y las entrañas desgarradas por la más terrible tentación, por la única acaso de su vida laboriosa, humilde y valientemente sacrificada.—¡No, no!

—¿No quiere usted?

—Doscientos mil francos..... á Santiaguito. Pero ¿quién me asegura que no miente ese papel?

—La firma de Mr. Justin Noblet. Escuche usted el trato que le propongo: voy á escribir ante usted en este pliego el nombre de su hijo..... ¿Decíamos?—preguntó á Noel con una sangre fría que dejaba estupefacto al pobre diablo.

—¿Decíamos..... qué?—balbuceó el acusado.



—El nombre de su hijo de usted.... Santiago Rambert.... hijo de.... ¿Sus nombres de usted?

—¿Los míos?

—Sí.

—Noel Luis Simón Rambert.

—Noel Luis Simón Rambert—repitió Mortal al tiempo que escribía.

Luego puso de nuevo el papel á la vista de Rambert.

—Ya ve usted que he puesto el nombre de su hijo y el suyo. Pues bien; voy á encerrar este pliego en un sobre y á lacrarlo en presencia de usted. En presencia de usted—repitió Mortal con firmeza.

Lacró efectivamente el sobre, después de deslizar en él el papel, con un sellito de plata que colgaba de la cadena de su reloj, y presentándosele á Rambert estupefacto,

—Reconocerá usted bien este sello, que por otra parte voy á dejar en su poder. Haga usted en el lacre la señal que quiera. Yo entregaré este sobre con el documento que contiene á la persona que me lo pida de su parte de usted y me entregue el sello.

Desprendió el sellito de su cadena y continuó, al tiempo que lo introducía entre las ropas de Rambert:

—Estúdielo usted bien. Lleva mi divisa. *¿Quid mihi?* ¿Y á mí qué? Haga usted en el sobre las señales que quiera, á fin de que pueda usted describirlo bien, y fírmelo.

Rambert obedecía maquinalmente.

—Ahora, la suerte de su hijo está en manos de usted—dijo Daniel, guardando el sobre en su bolsillo.

—¿Y cuánto.... cuánto tiempo me da usted para reflexionar?—preguntó fríamente Rambert, á quien corría por la frente un sudor helado.

—Dos días—respondió Daniel Mortal.

—Si envió á alguien á.... á pedir á usted ese papel.... ¿se lo entregará usted?

—Seguramente. ¿Y á quién me enviará usted?

—A un hombre honrado, que me despreciará como los demás si.... yo.... al doctor Pascual Arthet.

—¡Ah! ¡á M. Arthet! Le conozco—contestó Mortal sonriendo.

—Bien; está bien—continuó Noel con tono exaltado.—Márchese usted.... márchese usted.... y déjeme.... déjeme en paz. Todo lo que hemos hablado y nada es lo mismo.... Márchese usted.... Voy á llamar al carcelero y á contárselo todo.... Márchese usted.... márchese usted.



—Hasta pronto—dijo Mortal.

Al salir de la cárcel, Daniel pensaba irónicamente:

—¡Ahora te desafío á que me denuncies!

## II.

### Un padre.

Noel Rambert quedó aniquilado. La prisión celular es el más terrible de los debilitantes. Ahoga á aquellos cuya sangre corre rica en glóbulos, y exaspera á los que viven por y para sus nervios. Esa especie de máquina neumática hace el vacío en el cerebro humano del mismo modo y al mismo tiempo que lo hace en derredor del hombre. Borra, quita, arranca todo lo que hay de resistencia y de voluntad en el ser.

Rambert conocía que no se pertenecía á sí mismo, que no era, como antes, dueño de su pensamiento, de su fuerza, de la dirección de sus ideas. Obraba la prisión. La bomba aspirante de la celda atraía la médula cerebral. La cabeza de aquel hombre, joven aún, se balanceaba sobre sus hombros como la debilitada cabeza de un pobre viejo. Aque-

lla conversación con Mortal, aquella proposición, aquel imposible que se levantaba de pronto ante él, aterrizaraban al pobre Rambert. No sabía qué resolver. Era presa de la fiebre. ¿Cómo no había saltado sobre aquel miserable y había llamado al carcelero, diciéndole: «Detenga usted á este hombre?» ¿Cómo la idea de poder legar doscientos mil francos á Santiaguito había contenido de pronto su cólera? Mortal le había hablado de las sociedades de seguros sobre la vida. También él había pensado más de una vez en asegurarse en favor de su hijo. ¡Pero costaba tan caro! Y entonces se le presentaba de improviso la ocasión de hacer á Santiaguito rico y dichoso. Sí; pero ¿á qué precio? Decir: *¡Yo he asesinado!* Esto era entregarse al desprecio del mundo entero; negar era sostener una lucha loca; denunciar á Mortal era agravar la situación, como él mismo había dicho. ¿Qué prueba podía alegar? Sin embargo, si hablase, acaso la justicia hallara esas pruebas. Pero ¿debía hablar?..... Acaso *el otro*, aquel tentador, aquel miserable, aquel asesino tuviese razón. Acaso fuese mejor partido para él, enfermo, medio muerto, aquel suicidio, aquella solución sangrienta, tan afrentosa como sublime. El niño sería al menos rico, no sufriría y crecería dichoso.